

ARTURO
PÉREZ-REVERTE

Sabotaje

ALFAGUARA



*A Lorenzo Pérez-Reverte, soldado de la República,
que fue a la guerra cuanto tenía dieciséis años,
regresó con diecinueve y murió antes
de cumplir los veintidós.*

Hay héroes tanto en el mal como en el bien.

La Rochefoucauld, *Máximas*

Un cuadro es la suma de sus destrucciones.

Pablo Picasso

Aunque documentada con hechos auténticos, *Sabotaje* es una novela cuya trama y personajes son en su mayor parte imaginarios. También son imaginarias las acciones que en algún caso se atribuyen a personajes reales. El autor ha alterado ciertos detalles históricos según las necesidades de la ficción.

1. Las noches de Biarritz

Bajo la pérgola de la terraza se veían cinco manchas blancas y un punto rojo. Las manchas correspondían a la pechera y el cuello de una camisa, dos puños almidonados y un pañuelo que asomaba en el bolsillo superior de una chaqueta de smoking. El punto rojo era la brasa de un cigarrillo en los labios del hombre que permanecía inmóvil en la oscuridad.

Del interior llegaba sonido apagado de voces y música. Había una luna terciada, decreciente, que esmerilaba el mar negro y plateado frente a la playa, entre los destellos del faro situado a la derecha y la parte alta de la ciudad vieja, débilmente iluminada, a la izquierda.

Era una noche serena y cálida, sin apenas brisa. Casi a mediados de mayo.

Lorenzo Falcó apuró el cigarrillo antes de dejarlo caer y aplastarlo bajo la suela del zapato. Dirigió otro vistazo al mar y la playa en sombras y miró hacia la zona más oscura de ésta, donde en ese momento alguien encendía y apagaba tres veces una linterna. Tras confirmar la señal regresó al interior cruzando el salón desierto, decorado en cromo y laca carmín, donde entre apliques *art déco* los grandes espejos reflejaban el paso de su figura delgada, elegante y tranquila.

Había ambiente en la sala de juego, y Falcó dirigió una mirada a quienes se agrupaban en torno a las dieciocho mesas. En los últimos tiempos, la clientela del casino municipal había cambiado. De los agitados años de coches rápidos y frenesí de jazz, grandes de España, millonarios anglosajones, *cocottes* de lujo y aristócratas rusos en el exilio, Biarritz no retenía gran cosa. En Francia gobernaba el Frente Popular, los obreros tenían vacaciones pagadas, y quienes mordisqueaban un habano o alargaban el cuello rodeado de perlas, pendientes del *chemin de fer* o del *trente et quarante*, eran clase media acomodada que se codeaba con restos de otra época. Ya nadie hablaba de la temporada en Longchamp, el invierno en Saint-Moritz o la última locura de Schiaparelli, sino de la guerra de España, las amenazas de Hitler a Checoslovaquia, los patrones para confección casera de *Marie Claire* o la subida del precio de la carne.

Falcó localizó fácilmente al hombre a quien buscaba, pues éste no se había movido de la mesa de bacarrá: corpulento, con abundante pelo gris, vestía un smoking de muy buen corte. Continuaba junto a la misma mujer —su esposa—, y se inclinaba hacia ella para conversar en voz baja mientras jugueteaba con las fichas apiladas en el tapete verde. Parecía perder más que ganar, pero Falcó sabía que ese individuo podía permitírselo. En realidad podía permitirse casi todo, pues se llamaba Tasio Sologastúa y era uno de los hombres más ricos de Neguri, el barrio selecto y adinerado de Bilbao, corazón de la alta burguesía vasca.

Desvió la vista hacia la mesa contigua. Desde allí, de pie entre los curiosos, Malena Eizaguirre vigilaba de lejos al matrimonio. La mirada de Falcó se encontró con la suya, él hizo el gesto discreto de tocarse el reloj en la muñeca izquierda y ella asintió levemente. Con aire casual, Falcó fue a situarse a su lado. Cabello corto ondulado a la moda, ojos negros y grandes, Malena era atractiva sin excesos: algo regordeta, treinta años y facciones correctas, aunque su

vestido de noche, un Madame Grès de chifón blanco drapado, le daba un agradable aire clásico de remembranzas griegas.

—No se han movido de ahí —dijo ella.

—Ya veo... ¿La mujer ha perdido mucho?

—Lo habitual. Fichas de quince mil francos, una tras otra.

Compuso Falcó una mueca divertida. Edurne Lambarri de Sologastúa era muy aficionada al bacarrá, como a las joyas, a los abrigos de visón y a todo cuanto exigía gastar dinero. Igual que sus dos hijas, que a esas horas debían de estar bailando en el dancing del Miramar, como era su costumbre: Izaskun y Arancha, dos lindos y frívolos pimpollos vascongados. Miró de nuevo el reloj. Las once y veinte.

—No creo que tarden mucho en irse —concluyó.

—¿Está todo a punto?

—Telefonéé hace un rato y acabo de ver la señal —dirigió una lenta ojeada en torno—. ¿Has visto a los guardaespaldas?

Malena indicó con la barbilla a un fulano moreno, fuerte, con frente estrecha y nariz de púgil, enfundado en un smoking demasiado prieto en la cintura. Se mantenía algo retirado de la mesa de bacarrá, con la espalda apoyada en una columna, y miraba a Sologastúa con fidelidad de mastín.

—Sólo a ése. El otro debe de estar fuera, con el chófer.

—¿Dos coches, como siempre?

—Sí.

—Mejor. Cuantos más somos, más nos reímos.

La vio sonreír levemente, controlando bien los nervios.

—¿Siempre eres tan gamberro? ¿Todo lo tomas así?

—No siempre.

Malena acentuó la sonrisa. Tensa, pero decidida. La muerte de su padre y su hermano, asesinados por los rojos

en la matanza del 25 de septiembre a bordo del barco-prisión *Cabo Quilates*, atracado en la ría de Bilbao, tenía algo que ver con esa firmeza. Procedente de una familia bien situada y de tradición carlista, durante la sublevación militar había trabajado con mucho valor para el bando rebelde, llevando mensajes ocultos del general Mola entre Pamploña y San Sebastián. Tras lo del padre y el hermano había pedido pasar a la acción directa. Ahora ella y Falcó trabajaban juntos desde hacía tiempo, montando la operación. Era una buena chica, pensó él. Hembra de fiar, seria y valerosa.

—Se levantan —dijo ella.

Falcó miró hacia la mesa. Tasio Sologastúa y su mujer se habían puesto en pie, dirigiéndose a la caja para cambiar sus fichas. Llegaba el momento en que el matrimonio, tras la cena habitual en Le Petit Vatel y un rato en el casino, solía regresar a su villa de Garakoitz. Separando la espalda de la columna, relajado, el guardaespaldas se fue detrás. Falcó rozó con dos dedos, con suavidad, una mano de Malena.

—Vamos a lo nuestro —dijo.

Ella se colgó de su brazo y caminaron con naturalidad hacia el guardarropa.

—Son puntuales como clavos —comentó Malena, poniéndose un chal de lana burdeos sobre los hombros desnudos—. Cada noche a la misma hora.

Parecía satisfecha de que todo se desarrollara con la exactitud prevista. Cuando Falcó había regresado a Biarritz tras un breve paréntesis clandestino en Cataluña —una misión de urgencia ordenada por el Almirante—, ella llevaba un mes vigilando a los Sologastúa. El matrimonio había pasado la frontera con sus hijas el año anterior, cuando las tropas nacionales estaban a punto de tomar el paso fronterizo de Irún. Tasio Sologastúa, miembro destacado del PNV —partido nacionalista vasco, católico y conserva-

dor, aunque aliado por razones de oportunidad con la República—, era uno de los principales apoyos en el exterior del gobierno autónomo de Euzkadi. Desde aquel exilio dorado, donde un triste menú costaba tres veces más que uno con champaña en cualquier buen restaurante de la España franquista, su influencia se hacía sentir en los círculos nacionalistas del sudoeste francés; y sus cuentas bancarias situadas en Gran Bretaña y Suiza financiaban importantes embarques de armas con destino a puertos vascos. Según informes confirmados por Falcó gracias a sus viejos contactos de contrabandista —el pasado nunca se borraba del todo—, Sologastúa había equipado a los gudarís euskaldunes con 8 cañones, 17 morteros, 22 ametralladoras, 5.800 fusiles y medio millón de cartuchos, además de fletar dos pesqueros armados para la marina auxiliar vasca. Lo que no era, precisamente, coleccionar soldaditos de plomo. En todo caso, motivo de sobra para que los servicios de inteligencia franquistas tuvieran mucho interés en secuestrarlo o matarlo. Ése era el orden de prioridades de la misión encomendada a Lorenzo Falcó.

Se detuvieron bajo las luces de la gran marquesina de la entrada mientras el ayudante del portero les traía el coche. Desde allí vieron cómo uno de los automóviles de Sologastúa, un elegante Lincoln Zephyr, se acercaba desde el aparcamiento al tiempo que el otro, un Ford de apariencia más modesta, aguardaba en la explanada con los faros encendidos y el motor en marcha. El matrimonio se instaló en el asiento trasero del primero, y el guardaespaldas vestido de smoking, tras ayudar a cerrarles las puertas con el chófer, se encaminó hacia el Ford. Arrancaron uno tras otro haciendo crujir la gravilla bajo los neumáticos, el Lincoln abriendo la marcha, en el momento en que el mozo detenía

frente a la entrada el Peugeot 301 de Falcó y Malena: una berlina espaciosa y potente, especialmente elegida para la operación. Con toda naturalidad, Malena se puso al volante mientras Falcó daba propinas al mozo y al portero, ocupaba el asiento contiguo al conductor y cerraba la puerta.

—¿Dispuesta para la acción? —preguntó.

Ella tenía una mano en el volante y metía ya la primera marcha. Con la claridad exterior de la marquesina, Falcó observó que se había quitado los zapatos y subido la falda del vestido largo hasta los muslos, para conducir más cómoda.

—Absolutamente dispuesta —respondió.

Falcó le miró un momento más las piernas antes de asentir, divertido.

—Pues vámonos de caza.

Arrancaron, y aún tuvo tiempo de ver a Malena sonreír, tensa, antes de que las luces del casino quedaran atrás. Seguían de lejos la luz piloto del Ford, que escoltaba al Lincoln iluminándolo en las esquinas con el resplandor de los faros. Subieron así por las calles desiertas y poco alumbradas hasta la Atalaya y la plaza Clemenceau, y descendieron luego hacia la carretera de la costa en dirección a Saint-Jean-de-Luz.

—Perfecto —comentó Falcó—. Como cada noche.

—Sí —el perfil de Malena se definía en la sombra cuando los faros del Peugeot incidían en algún muro próximo—. Los vascos no somos amigos de cambiar rutinas.

—Pues las rutinas matan.

—Sí —ella rió en voz baja—. Eso parece.

Su voz, comprobó Falcó, sonaba serena. Conducía con seguridad y pericia, mantenía la distancia suficiente para no perder la presa y procuraba no acercarse tanto como para ponerla sobre aviso. Habían dejado atrás el pueblo y corrían por la carretera recta bordeada de pinos, con el mar iluminado por la luna a la derecha.

—Estamos a dos kilómetros —anunció Malena.

Abrió Falcó la cajuela del salpicadero y sacó un pesado envoltorio. Al deshacerlo tocó el metal frío de la Browning FN de 9 mm y el tubo alargado del supresor de sonido Heissefeldt. A tientas, sobre las rodillas, extrajo el cargador de la pistola, comprobó que estaba lleno, volvió a introducirlo con un chasquido y metió una bala en la recámara, dejando el seguro puesto. Después enroscó el silenciador en la boca del cañón.

—Ahí está el desvío a la derecha, y luego el puente de Garakoitz —dijo la mujer.

Esta vez sí había tensión en su voz. Había levantado el pie del acelerador y ahora el Peugeot iba más despacio. Delante, a unos cien metros, las luces de los otros dos automóviles se habían detenido.

—Control de policía —comentó Falcó, con el arma en el regazo—. Párate despacio.

Se aproximaron lentamente a los coches hasta colocarse detrás. Las luces del primero alumbraban una barrera móvil, puesta sobre unos caballetes ante un puente de piedra, con la palabra *Gendarmerie* en un círculo blanco, azul y rojo. Había dos agentes uniformados de oscuro junto al Lincoln, uno alto y otro bajo, situados a los lados del coche. El más bajo se inclinaba hacia la ventanilla del conductor. Sobre el resplandor de los faros, las siluetas de los guardaespaldas se recortaban en los asientos delanteros del Ford estacionado detrás.

—No pares el motor —dijo Falcó.

Abrió la puerta. Después bajó empuñando la pistola, pero con el brazo caído a lo largo del cuerpo, para disimularla. Respiró tres veces hondo mientras quitaba el seguro con el pulgar. Cruzó sin prisa entre los dos coches hacia el otro arcén de la carretera, dirigiéndose al lado del conductor del Ford, pendiente de él y su compañero pero vigilando por el rabillo del ojo a los gendarmes. Al llegar

junto a la ventanilla, la golpeó suavemente con los nudillos de la mano izquierda. Sonreía con la naturalidad de quien va a preguntar algo. El conductor bajó el cristal, y entonces Falcó le disparó en la cara.

La Browning no era un arma de mucho retroceso, pero saltó en su mano como una serpiente que acabara de morder. Por eso tuvo que bajarla otra vez para apuntar al segundo guardaespaldas, el de la nariz aplastada, que se revolvía desesperado —su compañero había caído contra su hombro—, buscando algo, seguramente un arma, bajo su chaqueta de smoking.

—¡No!... —le oyó suplicar—. ¡No!

En el resplandor de los faros, aún tuvo tiempo de ver sus ojos muy abiertos, mirando espantados el cilindro metálico del silenciador antes de que la pistola saltara de nuevo en la mano de Falcó, abriendo un desgarró del tamaño de una moneda en el cuello de la camisa del otro. Todavía se removió éste, intentando abrir la puerta. Acababa de lograrlo cuando Falcó apretó otra vez el gatillo, y el guardaespaldas quedó colgando del asiento con medio cuerpo fuera.

Cuando miró hacia el Lincoln, la situación había cambiado un poco. La puerta delantera izquierda estaba abierta, y el más bajo de los gendarmes arrastraba el cuerpo del chófer fuera del coche. El otro, con una linterna y una pistola en la mano, apuntaba hacia el asiento trasero, donde Tasio Sologastúa y su mujer, abrazados, contemplaban con horror la escena. Falcó fue hasta allí, abrió una de las puertas de atrás y le apoyó al marido la boca del silenciador en la cabeza.

—Salga del coche... Usted solo. Ella se queda.

La linterna del gendarme alto lo iluminaba todo muy bien: el rostro crispado del financiero vasco, la expresión aterrorizada de su mujer. De pronto ésta se puso a gritar. Un chillido agudo, poderoso. Vibrante. Sin dejar de apuntar al marido, inclinándose sobre éste, Falcó le pegó a ella

un puñetazo con la mano izquierda, en la sien, que la arrojó sin sentido contra la ventanilla opuesta.

—Salga —le repitió a Sologastúa, con calma—. O la matamos a ella también.

Obedeció el financiero. Cuando Falcó lo apoyó contra el coche para revisarle los bolsillos por si llevaba un arma, lo sentía temblar. En ese momento, el automóvil conducido por Malena maniobraba para situarse en dirección contraria. A la luz de los faros del Peugeot, Falcó vio por un instante el cadáver del chófer, que se desangraba en la cuneta degollado de oreja a oreja.

—¿Qué está pasando? —acertó a preguntar al fin Sologastúa.

—Que es usted prisionero de los nacionales.

El otro tardó un momento en digerir eso. Cuando lo hizo, su indignación casi superó al miedo.

—Esto es un atropello —dijo—. Estamos en Francia.

—En Iparralde, sí —admitió Falcó—. Euzkadi norte.

—¿Qué quieren de mí?

—Que haga un pequeño viaje.

—¿Adónde?

—Ah... Sorpresa.

Lo agarró por el cuello de la chaqueta y, sin apartar el arma de su cabeza, lo empujó hacia el Peugeot. A su espalda, puestos al volante de los otros automóviles, los gendarmes los retiraban de la carretera, metiéndolos entre los pinos.

—¿Y mi esposa? —preguntó Sologastúa.

—No se preocupe por ella. Nadie le hará daño.

Aturdido, el otro se dejaba hacer. Pero al ver el maletero del Peugeot —Malena acababa de abrirlo— se detuvo bruscamente.

—Hijos de puta —dijo.

Falcó lo hizo avanzar de un violento empujón. Malena había sacado del maletero un rollo de esparadrapo

ancho. Con él le ataron a Sologastúa las manos a la espalda e inmovilizaron sus piernas. Éste se debatía al principio, de modo que Falcó lo golpeó en el plexo solar, sin ensañamiento, haciéndolo caer de rodillas.

—Si es cuestión de dinero, puedo... —empezó a decir el financiero cuando recobró el aliento.

Malena interrumpió su frase con dos vueltas de esparadrapo que le taparon la boca. Entre Falcó y ella lo alzaron en vilo, metiéndolo en el maletero. Entonces Malena fue hasta el asiento delantero y regresó con un frasco de cloroformo y un trozo grande de algodón, empapó éste mientras contenía la respiración, vuelta a un lado la cara, y se lo aplicó al prisionero en la nariz. Medio minuto después, Sologastúa dejó de moverse. Cuando Falcó ocultó el cuerpo con mantas, una maleta pequeña y una cesta de pícnic, y cerró el maletero, Malena ya estaba de nuevo al volante. Entonces Falcó se volvió hacia los gendarmes, que habían retirado los cadáveres de la cuneta y ocultado la barrera de control.

—¿Qué hay de doña Millonetis? —preguntó en español.

En la penumbra, a la luz de la luna terciada, Falcó vio que los gendarmes se despojaban de las prendas de uniforme, arrojándolas entre los arbustos.

—Sigue inconsciente —dijo el más bajo.

Asintió Falcó, satisfecho.

—Al despertar, si no sabe conducir le espera un buen paseo.

Sonó la risa del otro.

—Tendrá que andar de todas formas, porque hemos inutilizado el motor y pinchado los neumáticos de los coches... ¿Te parece bien?

—Colosal.

—Para cuando llegue a su casa o a un teléfono, ya estaréis en Irún.

Falcó sacó la pitillera y el Parker Beacon de plata y prendió un cigarrillo.

—Ha sido un buen trabajo —comentó, exhalando el humo.

El otro se mostró de acuerdo.

—Esa chica tuya se ha portado bien —dijo.

—Sí.

—Pero que muy bien.

Con ayuda del encendedor, Falcó miró la hora en el reloj de pulsera. Se hacía tarde.

—Hay que ir largándose —comentó—. ¿Necesitáis algo?

—No. Todo está en orden.

—Pues buen viaje.

—Lo mismo digo, encanto.

Antes de apagar la llama y encaminarse al Peugeot, Falcó tuvo tiempo de ver los ojos de batracio y la sonrisa cruel de Paquito Araña.

Había doce kilómetros hasta la frontera. Pasado Saint-Jean-de-Luz, la carretera discurría sinuosa entre pinares y acantilados, bajo los que el mar negro y plata brillaba como azabache. Falcó y Malena Eizaguirre no habían hablado desde el puente. Encendió él un Players y se lo puso a la mujer en la boca. Después prendió otro para él.

—¿Quieres que conduzca yo un rato?

—No. Estoy bien.

La claridad de los faros reverberaba en el perfil de Malena. Ella tenía el cigarrillo en los labios y las dos manos en el volante.

—Nunca había visto matar a nadie —dijo.

Se quedaron callados un momento. Falcó fumaba y miraba la carretera iluminada por los faros. La luz hacía

desfilar, por la derecha, las franjas de pintura roja y blanca de las vallas y mojones que bordeaban los acantilados.

—Jamás imaginé que pudiera ocurrir de ese modo —añadió ella.

La miró con curiosidad.

—¿Ese modo?

—Con tanta normalidad, quiero decir. Siempre pensé que iba acompañado de pasiones o arrebatos. Lo de antes fue un acto casi burocrático.

Redujo la marcha con desenvoltura ante una curva cerrada. Chirriaron los neumáticos, y Falcó pensó que Sologastúa debía de estar moviéndose mucho en el maletero. Más le valía seguir dormido.

—Te vi tan tranquilo, tan... ¿Siempre lo haces así?

—No siempre.

—No creo que a mi padre y a Íñigo, mi hermano, los mataran de esa manera. Imagino más bien chusma enfurecida. Hordas comunistas. Ya sabes.

—Pudo ser —asintió Falcó—. Hay muchas maneras de matar.

—Viéndote, cualquiera diría que las conoces todas.

A eso siguió otro silencio. Vuelto hacia la mujer, Falcó continuaba mirándola, interesado.

—¿Lo habrías hecho tú, en caso necesario?... ¿Apretar el gatillo?

—Imagino que sí —movió los hombros bajo el chal—. Después de todo, soy requeté... Una carlista.

Se quedaron callados de nuevo.

—Esa República de locos y asesinos era un caos y un disparate —añadió al fin la mujer—. Los marxistas preparaban su revolución, y nosotros nos adelantamos con la nuestra... ¿Dónde te pilló el dieciocho de julio?

—No recuerdo. Por ahí.

Ahora fue Malena quien se giró a mirarlo, intentando evaluar su seriedad o sarcasmo. Después volvió a estar pen-

diente de la carretera. Redujo ante otra curva y otra vez chirriaron los neumáticos. Por suerte eran nuevos, pensó Falcó sujetándose con una mano a la correa del techo. Unos Michelin instalados para la ocasión.

—Soy un soldado de esta guerra —comentó ella tras un momento—. Como tú mismo... Como esos dos camaradas vestidos de gendarmes.

Sonrió Falcó para sí. Llamar *camarada* a Paquito Araña era conocer poco al personaje. Como llamárselo a él. El sicario había llegado al sudoeste de Francia una semana antes, para la fase final de la operación, oliendo a pomada para el pelo y agua de rosas. Sin hacer más preguntas que las operativas y dispuesto a cumplir órdenes.

—Quizás algún día me toque a mí —dijo Malena tras un momento, pensativa.

—¿Matar?

La oyó reír con suavidad mientras otra vez cambiaba de marcha. Ahora sostenía el cigarrillo entre dos dedos, en la mano derecha apoyada sobre el volante.

—Morir.

Falcó dio una larga chupada a su cigarrillo. La mujer se volvía a mirarlo de vez en cuando, sin dejar de prestar atención a la carretera. Ésta descendía ahora, tornándose más recta. Los acantilados quedaban atrás y los faros corrían bajo la sombra de los pinos recortados por la claridad de la luna.

—No milito por venganza —murmuró ella después de un largo silencio.

Había girado la manivela de la puerta para bajar el cristal. Arrojó fuera el cigarrillo, y el aire exterior metió dentro centelleos de chispas.

—Ya estaba con quienes preparaban el Alzamiento —añadió— mucho antes de que asesinaran a mi padre y a mi hermano... Esto es una cruzada contra el marxismo ateo y el separatismo.

Asintió Falcó, ecuánime. Empezaban a verse las primeras casas de Hendaya. Los faros iluminaron un cartel con el rótulo de la población.

—El propósito de hacer daño ayuda bastante —dijo en tono neutro, como si eso lo resumiera todo.

—El propósito de hacer daño —repitió Malena dando una palmada en el volante—. Suena bien eso. ¿Hay remordimientos cuando matas, o matas demasiado?... ¿Se puede matar demasiado?

Guardó él silencio unos segundos, como si lo pensara. En realidad no necesitaba pensarlo.

—Se puede —dijo.

—¿Y deja recuerdos incómodos?

—A veces.

—Me pregunto qué tal te llevas con todos esos muertos. Aplastó Falcó su cigarrillo en el cenicero, bajó la ventanilla y tiró la colilla apagada.

—Me llevo bien.

Malena tardó un instante en hablar de nuevo.

—Eres un tipo extraño, ¿sabes? —suspiró—. O más bien inquietante. Creo que me convendrá dejar de trabajar contigo.

—Todavía te falta un trámite difícil.

—¿A qué te refieres?

Señaló Falcó un cartel que los faros alumbraban en ese momento: *Douane française*. Después sacó la Browning de la guantera y comprobó que tenía una bala en la recámara antes de meterla allí de nuevo.

—Estamos llegando.

La garita de la gendarmería estaba junto a una farola encendida, en el lado izquierdo de la carretera. Al otro, una farola gemela iluminaba el edificio blanco de la adua-

na. Más allá de la barrera pintada de franjas rojas y blancas, bajada para cortar el paso de vehículos, se alargaba el puente internacional, recto y sombrío, a cuyo término alcanzaban a verse las luces lejanas de la aduana española.

—No pares el motor si no te lo ordenan, ni salgas del coche —dijo Falcó—. Y si hay problemas, acelera, embiste la barrera y sigue hasta el otro lado sin mirar atrás.

—¿Y tú?

—No te preocupes de eso. En caso de que se tuerza el negocio, haz lo que te he dicho. Conmigo o sin mí... ¿Entendido?

—Sí.

Ella había detenido el automóvil a unos diez metros de la barrera, atendiendo a la indicación de un gendarme que balanceaba una linterna eléctrica junto a la garita. Había otros tres a la vista, contó Falcó. Uno en la barrera y dos en la puerta de la aduana.

—Apaga los faros y baja la ventanilla.

Obedeció Malena, manteniendo el motor en marcha. El gendarme de la linterna se acercaba por el lado del conductor. Antes de que se extinguiera la luz del automóvil, Falcó pudo ver sus galones de sargento.

—Buenas noches —les dijo en francés—. Documentos, por favor.

Inclinándose sobre Malena, Falcó le alargó los dos pasaportes. Nombres falsos, falsas direcciones en San Sebastián, fotos reales. Usados ambos, con los tampones necesarios y el debido aspecto inocente. Señor y señora Urrutia. Un respetable matrimonio burgués, bien vestido y con un buen automóvil. Nada que ocultar.

—Es un poco tarde —comentó el gendarme, ahora en español, revisando los documentos con la linterna—. ¿De dónde vienen a esta hora?

—Del casino de Biarritz —repuso Falcó con calma.

En el resplandor de la lámpara eléctrica advirtió una mirada penetrante bajo la visera del quepis.

—¿Hubo suerte? —preguntó el gendarme.

Su español tenía un marcado acento, atrancado en las erres. Se encogió de hombros Falcó.

—La suerte es una cosa relativa, como diría Einstein.

—¿Le interesa Einstein?

—Me interesa más Danielle Darrieux.

Había sido el intercambio de palabras que estaba previsto se produjera, comprobó con alivio. Exactamente lo acordado. Por un momento, la linterna iluminó las piernas de Malena, la falda del vestido de noche subida aún sobre las rodillas. Después se movió por el interior del coche hasta detenerse en el rostro de Falcó.

—¿Llevan algo que declarar?

Falcó movió la cabeza, negando con naturalidad.

—Una cesta de pícnic y una maleta pequeña con algunos objetos personales.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Paren el motor.

Malena cortó el contacto y cesó la suave trepidación del Peugeot.

—Abran el maletero, por favor.

La voz del gendarme había sonado seria, impersonal. Evitando la mirada inquieta de Malena, Falcó abrió su portezuela, bajó del automóvil y se subió el cuello de la chaqueta. Hacía un frío húmedo, por la proximidad del río Bidasoa y el mar.

Pese a que todo parecía ir según lo previsto, se mantuvo alerta. Tenso y listo para pelear, o huir, o para las dos cosas una tras otra. Los gendarmes de la puerta de la aduana parecían tan soñolientos y relajados como el de la barrera, advirtió con una rápida ojeada táctica. Pero llevaban fusiles colgados al hombro. Si algo iba mal y Malena se largaba

con el coche cumpliendo órdenes, las posibilidades de que él alcanzara el lado español del puente iban a ser escasas. Aunque echara a correr, podían pegarle un tiro en la espalda a medio camino, pese a la poca iluminación en un lado y otro. Las balas las orientaba el diablo.

Miró, en la penumbra, la barandilla metálica del puente y las sombras de los árboles que se extendían a su izquierda, tras la garita. Lo había estudiado bien a la luz del día. Una posibilidad remota sería buscar refugio allí. La otra, más simple, era dejarse detener y que las cosas siguieran su curso. Si Malena alcanzaba el otro lado, poco iban a tener los franceses contra él: un incidente menor, confuso, rutinario con la guerra de España tan cerca. Nada que no resolvieran una gestión del consulado nacional y un poco de dinero bien repartido.

Se detuvo ante la trasera del coche, con el gendarme al lado. Hizo girar la manija del maletero y lo abrió despacio, sintiendo batirle la sangre en las sienes mientras calculaba con frialdad dónde y cómo sacudirle al gendarme si todo se iba al garete.

El haz de luz iluminó la cesta, la maleta y las mantas inmóviles. Nada más estaba a la vista. Sologastúa, comprobó Falcó con alivio, ni se movía ni roncaba. Era como si no estuviera allí debajo. El cloroformo seguía haciendo su benéfico efecto.

—Muy bien —dijo el gendarme, apagando la linterna.

Ni siquiera hizo ademán de tocar nada. Cerró Falcó el maletero con suavidad mientras su pulso recobraba el ritmo normal. Miró a los otros guardias, que no se habían movido de donde estaban. Todo seguía en orden. Los 50.000 francos que el propio Falcó había entregado dos días antes en la prefectura de Hendaya eran un eficaz trabajo de engrase. Y facilitaba el asunto que entre los gendarmes hubiese antiguos Croix de Feu: una agrupación política francesa de ideología fascista.

—¿Podemos irnos? —preguntó.

El gendarme le puso los dos pasaportes en la mano, sopló un silbato y el que estaba junto al puente levantó la barrera.

—Por supuesto, señor. Que tengan buen viaje.

El automóvil se internó en el puente, tierra de nadie, a velocidad moderada.

—Lo hemos conseguido —dijo Malena, admirada. Todavía incrédula.

Falcó no dijo nada. Con la cabeza apoyada en el cristal frío de la ventanilla, dejaba que la adrenalina acumulada en los últimos minutos se diluyera despacio en su sangre. No era fácil o rápido, ni siquiera cómodo, pasar de un estado a otro. De la tensa disposición a pelear, a la calma de los momentos siguientes. Al retorno.

—Ha sido coser y cantar —insistía Malena.

Falcó miró a su derecha, más allá de los puentes de ferrocarril, hacia el ensanchamiento del río donde la claridad lunar incrustaba una cuña negra y plata entre las dos orillas. Las luces de Irún —muy pocas, pues la ciudad había sido incendiada por los rojos meses atrás— punteaban aisladas, a intervalos, la ribera oscura.

—Ya casi estamos en España —apuntó Malena.

Había emoción en su voz. Ardor patriótico, apreció Falcó. Por Dios, por la patria y el rey. Una chica valiente saboreando la victoria. El padre y el hermano quedaban parcialmente vengados aquella noche.

—Lo has hecho bien —dijo él.

—Tú lo has hecho muy bien.

El Peugeot estaba a la mitad del puente. Sus faros iluminaban a lo lejos el caserío blanco de la aduana española.

—Haz la señal —sugirió Falcó—. Que sepan que somos nosotros.

Malena apagó y encendió dos veces las luces.

—Después de esto nos separaremos —comentó—. Supongo.

—Claro.

Dudó la mujer un momento. Cambiaba de marcha para reducir la velocidad.

—Ha sido un honor trabajar contigo... Me gustó ser la señora Urrutia.

—El honor ha sido mío.

Aún vaciló ella un instante.

—Eres de los pocos hombres —dijo al fin— que no se me han insinuado desde que ando en esto. Y no te faltaron ocasiones.

—Espero que no lo tomes como una ofensa.

—No, por Dios —se echó a reír—. Al contrario. Es el mayor cumplido que me podías hacer: tratarme como a un camarada.

—Es lo que has sido.

—Sí... Es lo que procuré ser.

Recorrían los últimos metros del puente. *España*, indicaba un cartel. Los faros iluminaban la barrera, ya muy próxima, entre las dos columnas de piedra que señalaban el territorio nacional. Había varias personas al otro lado, aguardando inmóviles bajo la luz incierta de una farola.

—No sé qué más decir —añadió Malena.

—Quizá en otro momento.

Ella dudó un poco antes de responder.

—Quizá.

Se alzó la barrera y el automóvil recorrió un corto trecho antes de detenerse junto a los pilares del porche de la aduana. Los que aguardaban se acercaron, rodeándolo: uniformes, gabardinas, charol de tricornos. Falcó bajó la

ventanilla y el haz de una linterna eléctrica lo deslumbró, haciéndole entornar los ojos.

—Llegas con retraso, como siempre —gruñó la voz seca y ruda del Almirante.